

## VICENTE ALEIXANDRE Y LA POESIA

Todo sistema poético gravita sobre un dinamismo interior que es principio de identidad y vida de cada uno de sus múltiples aspectos formales. A diferencia del lenguaje común que se desata en una inerte pasividad, apenas cumple su misión transitiva, la palabra poética es nudo de múltiples y complejas formas que logra su difícil misión artística cuando es relieve y latido inteligible de esa vida interior. Para que el lenguaje limite con el hombre y no perezca en el trance de comunicación debe atar la realidad inerte e indiferenciada a ese ritmo vital que da sentido y consistencia a todo cosmos poético.

Si para Berlioz el ritmo es sinónimo de tensión y vida —«torrente de vida» que redime de la monotonía y del caos— desde un punto de vista ontológico, puede decirse que este ritmo es análogo al estado de plenitud que integra lo fugitivo y lo continuo en la tensa unidad del ser inteligible. La esencia misma de la obra de arte es, para Heidegger, el «esfuerzo sin tregua» de alcanzar este anhelado equilibrio.

En la obra poética de Vicente Aleixandre aparecen ciertos motivos recurrentes que son irradiación de un mismo centro vital que se manifiesta con insistencia casi obsesiva. Reiteraciones que revelan un afán infatigable de trascender las tinieblas de lo continuo e indiferenciado con un impulso semejante al relieve dinámico del ritmo siempre en conflicto con la pasiva monotonía y el eco solipsista que sólo puede devolver un inerte reflejo:

*Superficie de agua  
cristal que no transcurre,  
como un ojo que ha muerto  
mas devuelve una imagen.  
Rostro vítreo, sin meta,  
una copia de engaños...*

(«Diálogos del conocimiento»)

Estos motivos de Aleixandre se enfrentan con una realidad sin relieve ni acento que el poeta identifica con las sombras y la muerte. A menudo estas formas se presentan como una inmovilidad aritmética de lisos e indescifrables bordes que nada hieren ni modulan: ... *cuando la oscura música no modula, / cuando el oscuro chorro pasa indescifrable / como un río que desprecia el paisaje* («Mar en la tierra»). Otras veces la muerte misma se describe como *forma lisa, lámina sin recuerdo* («Muerte») y con múltiples referencias a vidrios, cristales y otras superficies planas que sugieren una ausencia de contornos: *Cuerpo vacío, aire parado, vidrio que por fuera / llora lágrimas de frío sin deseo* («Juventud»). La imposibilidad del amor se expresa con los mismos límites lisos que parecen estrellarse en su propia imagen:

*Esa feliz transparencia  
donde respirar no es sentir un cristal en la boca,  
no es respirar un bloque que no participa,  
no es mover el pecho en el vacío...*

(«Después de la muerte»)

Un poema clave donde este imposible diálogo se transforma en una oscuridad solipsista que no puede llegar más allá de su propio reflejo es «Sin luz»:

*La tristeza gemebunda de ese inmóvil pez espada  
cuyo ojo no gira,  
cuya fijeza quieta lastima su pupila,  
cuya lágrima resbala entre las aguas mismas  
sin que en ellas se note su amarillo tristísimo.*

En el poema «Sin amor», la noche es una dureza (*Oh noche dura*) que tampoco puede llegar más allá de sí misma (*Con un puño se arranca sombra, sólo sombra del pecho*). Dureza uniforme y sin relieve que el poeta compara con la rigidez de la muerte:

*Un sudario sin vida de tiniebla uniforme  
te helará, larga tabla sin pesar que aún insiste.*

En «Sombra final» el poeta se refiere a un *bulto sin luz* igualmente inmóvil donde la soledad no puede esperar sino sombras:

*Oh noche oscura. Ya no espero nada.  
La soledad no miente a mi sentido.  
Reina la pura sombra sosegada.*

Otras veces esta quietud inerte y arrítmica posee una dureza pétreas de límites infranqueables que se relaciona con la ausencia de luz:

*Nunca me digas que tu sombra es tan dura  
como un bloque con límites que en la sombra reposa,  
bloque que se dibuja sobre un cielo parado...*

(«El sol victorioso»)

Para señalar sólo algunos ejemplos de este aspecto esencial cito, por último, un poema de significativo título, «La forma y no el infinito», donde el poeta relaciona la imposibilidad del amor con un frío hielo de fronteras lisas e inaccesibles:

*Se sabe que el hielo no es piel, que la frontera de todo  
no cede ni hiere... Se sabe que el amor no es posible.  
Pulidamente se mira, se ve, se presencia. Adiós.*

La forma, no diluida en un continuo infinito, es un modo de fijar el fluir inaprehensible en un relieve o remanso que actúa como fuente de energía poética. Proceso de contención que reduce al infinito a un nivel palpable que posee la frecuencia latente de lo humano:

*Oh, no para el infinito. Para el finito mar,  
con su limitación casi humana, como un pecho vivido...*

(«Para quién escribo»)

Frente a estos antecedentes se pueden identificar aquellos aspectos de la obra alexandrina que transforman lo indiferenciado en un relieve inteligible. Formas que se alzan y penetran con su fuerza creadora los límites y reflejos solipsistas de la soledad y la muerte: *... no te busques en el espejo, / en un extinto diálogo en que no te oyes* («En la plaza»).

Ante la superficie lisa e inerte de lo continuo se alzan todo tipo de cadencias ondulantes como el mar, la música, cabellos, cintas, plumas, columpios y muchos otros motivos que encarnan esa tensión dinámica del ritmo diferenciador y humanizador de la realidad. Cadencias que se relacionan con el latido mismo de la vida y no precisamente con lo telúrico: *latidos de un corazón que casi todo lo ignora menos el amor* («La selva y el mar»).

*... futuro existente  
más allá de los mares, en mis pulsos que laten.*

(«Poema de amor»)

*Dichosa claridad de la aurora  
cuerpo radiante, amoroso destino,  
adoración de ese mar agitado  
de ese pecho que vive en el que sé que vivo.*

(«Que así invade»)

*Porque nunca nació quien no amó,  
ni dio luz en su vida.  
Sólo en su pensamiento, y muere es solo.  
Calla, vive o delira. Como mar en las olas.*

(«Diálogos del conocimiento»)

El mar es, sin duda, uno de los motivos más recurrentes de Aleixandre que a veces parece transformarse en un espacio poético (*Oh, tu verdad latiendo aquí en espacios*) donde se condensan múltiples formas de expresividad que irradia el centro vital de esta poesía. Modulación siempre deseante que merece el siguiente comentario de Gustave Cohen a propósito del *Cementerio marino*, de Paul Valéry: «Himno bergsoniano a la vida, a la energía creadora, al triunfo de lo momentáneo y de lo sucesivo sobre lo eterno y lo inmóvil..., desenlace que enfrenta al hombre con la eternidad, al ser con el no-ser, a la vida con la nada.»

Todo encuentro es, para Aleixandre, una orilla de bordes ondulares que evoca el relieve palpitante del mar: *El mar era un latido...* («Mi voz»).

*... encontrándose en el movimiento con que el gran  
corazón de los hombres palpita extendido.*

(«En la plaza»)

*Un pelo rubio ondea.  
Se ven remotas playas, nubes felices, un viento  
casi dorado  
que enlazaría cuerpos sobre la arena pura.*

(«Pájaros sin descanso»)

Los estados de plenitud y vida se expresan mediante formas que dan unidad y sentido a una existencia que de otro modo permanecería disuelta en las tinieblas de lo indeterminado e impalpable:

*... una onda única en la que todos son, por la que  
todo es, y en la que todos están; llegan,  
pulsan, se crean.*

(«Materia humana»)

*Un único corazón te recorre, un único latido sube  
a tus ojos...*

(«El poeta canta por todos»)

*Y era un serpear que se movía  
como un único ser, no sé si desvalido, no sé si poderoso,  
pero existente y perceptible, pero cubridor de la tierra.*

(«En la plaza»)

Se trate o no de una solidaridad multitudinaria, los estados de plenitud son una forma de relieve que congrega lo disperso y donde convergen toda clase de cadencias deseantes análogas al ritmo:

*...firmeza balanceada  
en la suave plenitud de la onda.  
Polariza los hilos de los vientos  
en su mástil agudo...*

(«Idea»)

*Voy a ti como la ola verde  
que regresa a su seno recobrando su forma*

(«Que así invade»)

El «nacer» es otro aspecto fundamental de esta poesía que también se expresa con formas que evocan el relieve ondulante del mar: *He nacido una noche de verano / entre dos pausas* («Mi voz»).

*Este ancho mar permite la clara voz nacida  
la desplegada vela verde,  
ese batir de espumas e infinito  
a la abierta envergadura de los brazos distantes.*

(«Resaca»)

Todas estas cadencias son una manera de modular el amor y el deseo en un omnipresente impulso vital que surge una y otra vez en penetrantes ritmos marinos:

*Una forma respira como la mar sacude.  
Un pecho ondula siempre azul a sus playas.*

(«Nadie»)

*...delicada mano silente, por donde entro  
despacio, despacísimo, secretamente en tu vida  
hasta las venas hondas totales donde bogo,  
donde te pueblo y canto completo en tu carne.*

(«Mano entregada»)

En el contexto de esta poesía el lenguaje erótico siempre expresa un anhelo infatigable de plenitud que, a veces, llega al borde de una esperanza que está más allá del humano deseo:

*... contemplar el azul, la esperanza risueña,  
la promesa de Dios, la presentida frente amorosa.  
¡Qué bien desde ti, sobre tu caliente carne robusta,  
mirar las ondas puras de la divinidad bienhechora!*

(«No basta»)

Este afán sin tregua de desgarrar las tinieblas es un proceso siempre naciente, siempre en tensión, donde el amor y la vida se identifican con la actualización misma del deseo: *Profundidad sin noche donde la vida es vida* («Mundo inhumano»).

*Un corazón, un mar, un pecho.  
¿Qué es el deseo cuando late?*

(«Miraste amor y viste muerte»)

A través de este breve análisis se ha intentado señalar algunos motivos recurrentes que gravitan sobre un centro fundamental que irradia múltiples relieves y cadencias que pueden identificarse con el proceso creador. Misterioso impulso hacia la luz que muchas veces recuerda el palpitante mundo poético de Bécquer, para quien lo esencial de la vida fue la poesía porque también supo hacer de la vida la esencia misma de la poesía:

*Sacudimiento extraño  
que agita las ideas,  
como huracán que empuja  
las olas en tropel...*

(Rima III)

*Te amé más que nada como se ama el mar,  
como a una playa toda viva ofrecida,  
como a todas las arenas que palpitantemente  
se alzan arrebatadas por un huracán sediento*

(«El amor iracundo»)

HERNAN GALILEA

624 Cresson Lane  
Morton, Pa. 19070  
(U. S. A.)